

CIENCIA FICCION

9



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *La SF como rechazo y crítica del orden establecido*, Carlo Frabetti.

La grieta en el escudo (Crack in the Shield), Arthur Sellings, 1967.

El azul más profundo del mundo (The Deepest Blue in the World), S. Dorman, 1964.

Las veladas feministas de la Atlántida (The Veiled Feminist of Atlantis), Booth Tarkington, 1967.

Gente afortunada (The Lucky People), Chet Arthur, 1967.

El Círculo Interior (The Inner Circles), Fritz Leiber, 1967.

Planeta según presupuesto (Budget Planet), Robert Shekley, 1968.

El huevo de glak (The Egg of the Glak), Harvey Jacobs, 1968.

La sacerdotisa de la Luna Loca (Purple Priestess of the Mad Moon), Leigh Brackett, 1964.

PRESENTACIÓN

La SF como rechazo y crítica del orden establecido

Un esquema típico de relato de SF^[1] consiste en presentar una hipotética sociedad futura opresiva y despersonalizadora, en la que, de pronto, un individuo que ha vivido siempre integrado se rebela, descubriendo nuevas perspectivas de libertad al margen de lo que creía que era el único mundo posible.

Es el caso del Montag de *Fahrenheit 451*, del desventurado protagonista de *1984*, y de tantos otros rebeldes-símbolo que, ante todo y más que expresar un conflicto personal concreto, representan genéricamente la ruptura del individuo como una sociedad castrante.

Debido a esta tendencia del género a dramatizar el enfriamiento individuo-sociedad, algunos comentaristas han señalado, no sin fundamento, el carácter *romántico* de la SF.

Pero hay una diferencia básica entre la SF y el romanticismo tradicional: mientras éste suele limitarse a exaltar la ruptura compulsiva del individuo con una sociedad que lo coarta, la SF, la buena SF, acostumbra a llevar implícita, además, una crítica del sistema opresor que motiva la rebeldía y una búsqueda de posibles alternativas liberadoras. Dicha rebeldía ya no es, entonces, un simple pretexto para

la exaltación del individualismo, sino una contribución a la toma de conciencia, un síntoma útil para el diagnóstico de la enfermedad social. Consciente de la ineficacia de las soluciones individuales, la SF, al contrario del romanticismo tradicional, no las exalta.

En esta antología se reúnen varios relatos que, de una forma u otra, expresan la ruptura individuo-lo establecido:

La grieta en el escudo, donde el protagonista renuncia a la seguridad fetal de su enclaustrado mundo a cambio de una existencia arriesgada pero más auténtica, es la narración que más se adapta al esquema antes descrito, y por eso la he elegido para encabezar el índice.

En *El azul más profundo del mundo* la inadaptación es mostrada en todo su dramatismo con patética crudeza, mientras que en *Las veladas feministas de la Atlántida* se echa una mirada irónica y desenfadada a ciertas formas de emancipación.

En otros relatos no se describe una ruptura, pero se pone en evidencia su necesidad, al mostrar el grado de aberración al que se puede llegar si se acepta un determinado estado de cosas. Es el caso de *Gente afortunada* y *El Círculo Interior*, ambos estremecedores bajo su apariencia respectivamente humorística y surrealista.

Y es también el caso, aunque de forma menos evidente, de *Planeta según presupuesto*, abierta sátira del dogmatismo imperante, o de *El huevo de glak*, aparente disparate en el que, sin embargo, es fácil ver reflejada la incongruencia de unas vidas dedicadas a los más fútiles objetivos, básica tara de nuestra sociedad.

De las selecciones publicadas hasta ahora, creo que ésta es, a pesar de sus limitaciones, la que mejor manifiesta las motivaciones y la función sociocultural de la SF.

Sólo me queda desearles que disfruten al leer estos relatos tanto como yo he disfrutado al seleccionarlos.

CARLO FRABETTI

LA GRIETA EN EL ESCUDO

Arthur Sellings

Cuando la forma de combatir la violencia consiste en erigir barreras cada vez más herméticas contra agresiones cada vez más fuertes, la aparente estabilidad que se obtiene es a un precio altísimo: al precio del aislamiento y la inhibición del hombre.

La única forma de vencer la violencia es eliminar sus causas, modificar radicalmente las estructuras que la engendran. Si nos limitamos a construir escudos, por resistentes que sean, acabarán agrietándose. Y si no se agrietan, todavía será peor.

Aquel día, crucial en la vida de Philip Tawn, comenzó con una decepcionante normalidad. No había una sola nube en el horizonte ni en su alma. Se despertó feliz con el aroma matutino que emanaba del acondicionador de aire y la frescura de la crema de afeitar. Los chorros de vapor de la ducha completarían, agresivamente, el trabajo.

Lo primero que hacía Philip por las mañanas era conectar el visor. Más tarde, el desayuno le llegaba suavemente por el distribuidor. Mientras se lo tomaba, pensó en el trabajo diario; lo hizo con la tranquilidad que corresponde a un directivo de clan. El proyecto general, destinado a los Elefantes, constituía un problema, ya que nunca había trabajado con computadoras. No obstante, confiaba en sus propias ideas.

Sacó un pequeño motociclo de una concavidad exterior al apartamento, y se alejó por el corredor en dirección a los ascensores, situados a un kilómetro de distancia. Allí, entre formales saludos y deseos de: «Un día de gloria para los Pavos Reales», y otros más sencillos para los conocidos, descendió hasta el garaje.

Se introdujo en su Pantera modelo 51 —el año siguiente, después de la boda, cambiaría su coche deportivo por otro modelo más serio—. Movi6 la palanca del escudo y avanzó hacia la salida. Mientras aguardaba, fumó un cigarrillo sin nicotina.

Cuando se encendió la luz verde cediéndole el paso, pulsó el sincrobotón. Su propio escudo y el mayor, el de la casa del clan, quedaron sincronizados en un punto, a una frecuencia que resultaba virtualmente imposible duplicar, lo

cual le permitió salir al exterior. El escudo se cerró tras él como un esfínter, sin que, por un momento, quedara abierta al mundo una grieta entre ambos escudos.

Cuando rodaba por la avenida del Pavo Real, pasó ante la puerta de servicio. Camiones de otros clanes —clanes dedicados al servicio, como el de Abejas, con alimentos, y el de Castores, con sus escuadras de conservación— se hallaban alineados para entrar. La regulación del tránsito era más complicada allí que en las puertas del clan. Por esta puerta, sólo se admitían los vehículos de uno en uno; pasaban a una cámara blindada situada fuera del escudo de la casa. Este escudo se extendía impenetrablemente a lo largo de la fachada posterior del edificio.

Dentro del recinto blindado, los conductores eran examinados minuciosamente por una cámara de televisión de circuito cerrado. El escudo del camión tenía que hallarse inactivo —unos controles electrónicos se encargaban de comprobar esto— y la palanca debía estar desmontada y colocada en una ranura hasta el momento de volver a emprender la marcha. Los conductores estaban obligados a identificarse. Unos controles comprobaban las plantillas electrónicas impresas, mientras que los mismos aparatos que habían controlado el escudo del camión investigaban por todas las cavidades con el fin de establecer si existía algún mecanismo capaz de reactivar dicho escudo.

Sólo entonces, el escudo de la casa se hallaba neutralizado hasta el extremo de permitir al camión pasar a las plataformas de descarga.

Un proceso complejo, que requería bastante tiempo, pero constituía el único medio para conservar la seguridad en el mundo de Philip Tawn. Apenas dos años antes —afortunadamente el hecho no sucedió en una casa del Clan del Pavo Real—, por haber sido el proceso menos minucioso, había conseguido entrar en el edificio el camión de unos bandoleros, quienes llevaban hábilmente falsificadas sus tarjetas de identificación y ocultaban un reactor. Los malhe-

chores saquearon el lugar en presencia de los propios habitantes. La gente no llevaba su escudo personal para identificarse en su propia casa —ésta era idea básica de los clanes— y, por consiguiente, aquellos se encontraban totalmente desprevenidos. La pandilla trató incluso de apoderarse del centro de mando del escudo. Tan sólo una eficaz actuación de los controles de emergencia lo habían evitado; de lo contrario las consecuencias hubieran sido estremecedoras.

Lo cierto es que el camión huyó —los directores de la desdichada casa se aliviaron enormemente dejándolo escapar— con un botín que contenía una fortuna. Los canales del Clan de las Hormigas zumbaron a causa del incidente durante varias semanas después de ocurrido el hecho.

Resultaba difícil imaginar que pudiera suceder tal cosa en la casa del Pavo Real. Los Pavos Reales no eran expertos en tecnología, sino que se dedicaban a la publicidad. Debido a ello, poseían más canales que cualquier otro clan —exceptuando el de Hormigas— para captar las últimas noticias. Pero el suceso hizo que se reforzaran las medidas de vigilancia en todos los clanes, los cuales incrementaron considerablemente el presupuesto que cubría ese capítulo.

Philip entró en la autopista principal que llevaba a la ciudad. Antes de que el tránsito resultara muy denso, eligió su objetivo para la habitual verificación matutina. Se trataba de un hombre calvo que guiaba un «Lebrel» modelo 48. El hombre era una Abeja. Los del clan de Philip nunca hubieran sido vistos en un vehículo tan anticuado como aquel «Lebrel».

Philip echó un vistazo a las gruesas franjas de la chaquetilla del hombre, cuyo coche avanzaba unos doscientos metros delante de él. Disminuyó la velocidad a ciento treinta por hora, y luego la adaptó a la del otro, que circulaba a ochenta. Philip hizo sonar la bocina —dos toques, uno largo y otro corto— que indicaban: «Prepárese para la verificación.»

El hombre volvió la cabeza... y arrugó el ceño. Lo que es peor, aceleró sin contestar a la señal. ¡Como si la verificación no fuera un acto social perfectamente establecido! Servía para comprobar los escudos de los dos conductores, por si había algún defecto en su funcionamiento. Además los psiquiatras recomendaban aquella práctica como un medio inofensivo para disipar cualquier tendencia agresiva.

En realidad, al hombre del siglo XXII no le quedaba demasiada agresividad, ataviado como iba con su vistosa chaquetilla del clan durante el día, y con el manto nocturno. Pero, a veces, surgía la agresividad, especialmente a causa del temor. El temor a la violencia, algo que había adquirido proporciones de pánico a comienzos del siglo XXI, pero que quedó desterrado para siempre con la invención de los escudos de fuerza.

Bien, si aquel hombre lo quería así, de acuerdo, pensó Philip. Podía haber elegido, a continuación, otro conductor más amigo de colaborar, pero la descortesía le había dolido. Pisó a fondo el acelerador y, al cabo de unos segundos, se colocó a la altura del otro.

El hombre no dio muestras de disminuir la velocidad; en lugar de ello siguió conduciendo con la mirada dirigida al frente. Philip sonrió y viró el coche más de lo acostumbrado.

El otro conductor giró el rostro hacia él, muy pálido, debido a que el escudo del «Pantera» había chocado, entre chirridos, contra el suyo. El «Lebrel» rebotó y fue a dar contra los escudos marginales de la autopista. A la velocidad que iban debió resultar una experiencia sobrecogedora, ya que en ese momento pasaban por un viaducto con un talud elevado una treintena de metros y el escudo era invisible, como todos. Es decir, tan invisible como se necesitaba. Podía apreciarse cualquier escudo si se colocaba en ángulo recto respecto a la luz —un poco más para algunas luces—, entonces se vislumbraba el baile frenético de los átomos polarizados.

Philip tuvo que desviarse cuando el «Lebrel» volvió al centro, al mismo tiempo que su conductor se esforzaba por dominar la dirección. Logró enderezar —hasta los «Lebrel» modelo 48 tenían una sensibilidad de dirección muy efectiva—, y siguió en línea recta. Philip se puso de nuevo a su lado y se divirtió acercándose a él hasta que los escudos se tocaron provocando un sonido discordante. El otro se vio obligado a disminuir la velocidad.

Philip saludó con la mano y emitió la acostumbrada señal de despedida: un toque corto y uno largo. El otro hombre le contestó con un ademán descortés. Philip volvió a sonreír con ironía. No entendía cómo era posible que un clan hubiera admitido en su seno a un individuo tan incorrecto.

Siguió adelante entre el tránsito hasta el centro de la ciudad, y luego se alineó ante el edificio del Pavo Real. No tuvo que esperar demasiado, pues era precavido y siempre llegaba puntual: antes de las diez y media de la mañana. Los vehículos que tenía delante eran los rezagados de rangos inferiores, que se apartaron para darle paso.

Una vez dentro del edificio, se dirigió a su despacho. La conferencia para el asunto de los Elefantes había sido programada a las once y cuarto de la mañana. Podría emplear el tiempo que faltaba para resolver asuntos de menor importancia. Interrumpió el funcionamiento del escudo con una simple pulsación y descubrió la consola.

El trabajo era una creación en tres dimensiones, un anuncio visual y estereofónico. Había preparado las matrices el día anterior sin fijarse demasiado en el producto que se trataba, sólo era un gráfico corriente de nivel inferior. Advirtió que se refería a un artículo alimenticio —un encargo del Clan Abejas— con poca posibilidad de promoción en una época como aquella. ¿Quién que tuviera un poco de sentido, iba a preferir el cereal Naturpur —*Directo de la granja a su mesa*— cuando en el mercado se encontraba una amplia gama de alimentos sintéticos incomparable-

mente más deliciosos? ¿Cómo podía atraer una frase propagandística como aquella? *Granja* evocaba demasiadas imágenes, todas ellas desagradables, relacionadas con malos olores, estiércol y baja productividad. *Agrupación alimenticia* resultaba mucho mejor.

Pero elegir lemas comerciales no era su tarea. Tal vez, aquel anuncio iba destinado a los chiflados. Aún había unos cuantos sueltos. Pensó en el hombre del «Lebrel» y lo comprendió. Quizá el cereal Naturpur era su creación predilecta. En tal caso se le podía disculpar por su comportamiento antisocial.

Philip, no obstante, se volcó sobre el trabajo con su habitual concentración. Eligió un tipo antiguo, unas letras rústicas —¿qué podía haber más adecuado?— y lo situó en el centro de la matriz. Aquello resultaba excesivo, según pudo comprobar en seguida. Oprimió la tecla que servía para borrar y lo intentó de nuevo, esta vez con letras cursivas clásicas.

No era lo suficientemente llamativo. Musitó algo en voz baja y borró otra vez. Encendió un cigarrillo y reflexionó. Las tareas secundarias a veces pueden presentar más problemas de los que normalmente debieran tener.

Hizo dos nuevas tentativas: una con mayúsculas gruesas, y, tal vez debido a un rasgo de humor, un tipo mecanográfico y desgarrado. Por fin dio con un tipo, que parecía adecuado, cuyo contorno semejaba el borde aserrado de una hoja.

Aquello ya resultaba mucho mejor, e incluso aparecía la muestra de Naturpur y las letras del absurdo lema mucho más comprensibles. Eligió un anodino tono azul para el lema y lo situó sobre el fondo amarillo y ondulado de una Pantalla Nobel n.º 3069. Después, se felicitó a sí mismo por su instintivo acierto. Si querían dar la impresión de un campo de trigo, o de algún otro horrendo cereal estremeciéndose a influjos de la brisa, se lograba perfectamente.

Luego resolvió efectuar la prueba completa e hizo girar el control de avance. Primero, situó las letras del lema comercial, luego los colores y, por fin, las letras de la marca, con lo cual la imagen de la pantalla quedó completa. Se sintió tentado de agregar algún otro detalle, pero rechazó la idea por parecerle inadecuada, para aquel sencillo proyecto.

Se contentó con dar una leve tonalidad roja a las letras de la marca y trazó una especie de halo en torno al lema comercial.

Pasó de nuevo la prueba, y quedó bastante complacido con su trabajo, especialmente en lo que se refería al tiempo empleado. En la parte inferior, le pondrían alguna música a tono con el tema. A continuación, pulsó el botón de impresión. Mientras la máquina grababa la prueba en una cinta por triplicado, procedió a establecer el presupuesto del trabajo, para lo que utilizó por vez primera en toda la operación, un instrumento manual: la pluma.

La grabadora lanzó una especie de suspiro y se detuvo; la luz roja se apagó y se encendió una azul. Recogió las cintas, apartó una para sus archivos e introdujo las otras dos en el tubo de envío. Cuando se alejaba del aparato zumbó su intercomunicador.

Oprimió una tecla y apareció el rostro de la secretaria de R. G.

—El señor Gotfryd se dispone a iniciar la conferencia, señor Tawn —dijo la joven.

Cuando Philip llegó, casi todos los demás se encontraban ya en la sala. Ocupaba la presidencia de la mesa de conferencias Randall Gotfryd, un hombre corpulento que resplandecía con su vistosa chaquetilla de Opulex. Cuando Philip dijo: «Gloria a los Pavos Reales», y tomó asiento, llegaron los dos últimos: Jenkins, de Música, y Franz, de Motivación. R. G. encendió un cigarro.

Los murmullos se extinguieron cuando apagó su encendedor.

—Perfectamente, señores —comenzó—. Creo que no será necesario que les recuerde la importancia de este asunto. Por tal motivo le vamos a asignar la clave de *Inspiración Elevada*.

R. G. se refería a una cuestión que exigía el concurso de todos los departamentos, y no sólo el de Motivación o de Dirección Superior, para establecer las ideas que debían discutirse.

—Ya hemos elaborado un esbozo general en la primera reunión —prosiguió diciendo R. G.—. Es necesario que el consumidor llegue a sentir deseos de poseer una de las nuevas máquinas de los Elefantes, sobre todo, por su *afectividad*.

Ya había utilizado la misma palabra en la ocasión anterior, e idénticas risas deferentes volvieron a dejarse oír esta vez.

—Nada de alusiones a la categoría social, ni al rango de un clan —añadió—, creo que todos estamos de acuerdo en eso. Es necesario que sea una propaganda más directa, como lo es el producto. Algo que dé sensación de plenitud personal. Se trata de una computadora portátil, que pesa menos de dos kilos y medio y que vocaliza. Es como un amigo para consultarlo en todas las decisiones, con una verdadera biblioteca de cintas sobre los más diversos temas.

»Les voy a poner al corriente de los detalles del asunto. Especialmente en un punto. Los Elefantes no están solos en esa actividad. Desde nuestra última entrevista me han informado que los Búhos se preparan a lanzar un aparato de similares características. Eso no hace más que confirmar mi idea acerca de la importancia de esta campaña. Además, los Búhos han contratado a los Cebras...

De nuevo un coro de risas, esta vez matizadas con evidente tono desdeñoso.

R. G. alzó su mano y dijo:

—Puede que algunos de ustedes se encontrasen un día riendo en la calle.

Las risas cesaron como por arte de magia. «La calle», por lo común, quería decir la expulsión del clan. Era una amenaza que no podía tomarse demasiado en serio, puesto que una vez dentro de un clan resultaba casi imposible que se votara la expulsión del mismo. Degradación, sí, pero la lealtad al clan era algo casi inalterable. De todas formas, aquellas palabras evocaron cierto suceso que había ocurrido no hacía demasiado tiempo.

—Eso está mejor. Los Cebras podrán ser un clan advenedizo, con muchos inexpertos en sus filas, pero también poseen algunos notables talentos que yo no tendría inconveniente en hacer sentar aquí mismo. Otro rumor que ha llegado hasta mis oídos hace poco se refiere a lo que han ganado durante el año que acaba de terminar. Sus beneficios ascienden casi al cuarenta por ciento de los nuestros. De modo que nada de desdeñarlos o dormirse en los laureles. Pronto les tendremos pisándonos los talones, si no ponemos todo cuanto sea posible de nuestra parte.

El ceño desapareció del rostro del que hablaba.

—Pero confío en que vamos a tener un buen comienzo en el asunto de ese aparato. Ellos llaman al suyo el Oráculo, y lo presentan como un artefacto maravilloso. Eso significa, a mi entender, que se equivocan desde el principio. Ya hay demasiadas maravillas en este mundo. Ciertamente es que seguirán apareciendo y que nosotros seremos los primeros en esforzarnos para que se vendan, pero existe un límite para el poder de atracción. Tenemos que hablar de personas, no de máquinas, ¿queda entendido? Está bien, Burnside, usted es el primero. ¿Qué ha conseguido su equipo?

Burnside, tosió discretamente y abrió su cartera.

—Creo que hemos dado en el clavo, R. G. —dijo—. A ver qué le parece esto: *Usted nunca está solo con un amigo.*